

Entrevista a Guillermo Castán

Autor de *Las bibliotecas escolares: soñar, pensar, hacer*



Guillermo Castán, catedrático de Geografía e Historia del Instituto Fray Luis de León, de Salamanca, es doctor en Historia y forma parte del Grupo Cronos de renovación pedagógica, que ha elaborado diversos materiales en didáctica de las Ciencias Sociales (premio Giner de los Ríos a la innovación educativa en 1985). Es el coordinador de la biblioteca del instituto, desde inicios de los 90 participa en encuentros y jornadas sobre las bibliotecas escolares y es miembro del Grupo de Trabajo de Salamanca sobre bibliotecas escolares. Castán ha publicado diversos artículos, además de los dedicados a la investigación histórica o a la didáctica en Ciencias Sociales, sobre bibliotecas escolares en *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA* [números 52 (1994), 65 (1996), 101 (1999), 126 (2001) y 130 (2002)] y otras publicaciones, entre las que destaca "Bibliotecas escolares: retos y planteamientos desde el sistema educativo", en el libro coordinado por José Antonio Millán, *La lectura en España: Informe 2002* (Madrid: Federación de Gremios de Editores de España, 2002).

Llevas más de 20 años en la enseñanza, eres catedrático y doctor en Historia, y formas parte del Grupo Cronos. Por lo general, los movimientos de renovación pedagógica (no hablemos de los sindicatos de educación) no se han acercado al tema de la biblioteca escolar. En tu caso concreto, ¿por qué se dio, cómo surgió? ¿Por qué decidiste dedicar una parte de tu tiempo a la biblioteca escolar, en vez de a investigaciones de Historia, redactar nuevos materiales pedagógicos...?

Mi acercamiento a la biblioteca escolar procede de una triple vía; en primer lugar, yo me formé con libros y aprendí de mi familia y de algunos de mis profesores a valorar las ventajas de la lectura reflexiva sobre la simple memorización de un libro de texto. Por eso, desde mis inicios como profesor, he intentado que mis alumnos lean; compartía esta idea con varios de mis colegas del departamento de Historia del

Fray Luis, donde contribuimos a formar y organizar una biblioteca operativa y adecuada, con tres o cuatro mil volúmenes. Además de las sugerencias de lectura, los alumnos debían hacer varias obligatorias entre una serie de títulos que íbamos actualizando y que prestábamos en los recreos. Un poco más adelante, con mis colegas del Grupo Cronos diseñamos un proyecto didáctico cuya idea clave era que el alumnado pudiera reconstruir con materiales muy variados algunos de los procesos históricos fundamentales, de modo que el libro de texto se convirtiera para nosotros en uno más de los varios que se debían consultar. Nuestra propuesta didáctica, nuestra forma de entender la innovación educativa –compartida con otros muchos grupos que a principios de los ochenta trabajaban a lo largo y ancho del país– nos llevó a la necesidad de organizar, actualizar y dinamizar la biblioteca del departamento.

“Sólo cuando docenas de bibliotecas estén funcionando gracias a iniciativas profesionales, la administración educativa verá necesaria su intervención y reglamentación y tratará de ‘encauzar’ la cuestión”

Por otro lado, en mi instituto había en un depósito semiclandestino una estupenda colección de libros, herencia de su dilatada historia, que se estaban perdiendo y que, al estar desorganizados, no se podían utilizar; cuando se dieron las condiciones oportunas preparé un proyecto de organización –me pasé un verano estudiando la CDU y otros documentos básicos– que fue aceptado por la dirección. Así empecé a trabajar con ese fondo “histórico”, primero en mis horas complementarias, y más adelante obtuve una o dos horas lectivas a la semana.

Por último, en 1993 recibí una invitación de la Biblioteca Municipal de Salamanca para asistir a unas Jornadas de Bibliotecas Escolares, a las que me acerqué con cierto escepticismo y en las que, para mi sorpresa, conocí a una gente que entendía el trabajo con los libros más allá de las cuestiones técnicas. Ellos tomaron la iniciativa de constituir un grupo de trabajo cuyo primer objetivo fue la formación de profesores para relanzar las bibliotecas en los centros. En realidad, es ahora cuando verdaderamente “descubro” el interés y la necesidad de construir en mi centro una biblioteca que vaya más allá de la didáctica especial. Durante casi dos años me beneficié intensivamente del interés, los conocimientos y el buen hacer de gente como Raquel López y Villar Arellano, de la Fundación Sánchez Ruipérez, y de Paco Bringas y Luismi Cencerrado, de la Biblioteca Municipal. Con ellos me formé y me sigo formando en este campo y a ellos se debe mi adhesión a la causa. A partir de aquí, con la dirección del Fray Luis iniciamos una dinámica, plagada de contratiempos y reveses, logros y fracasos, tendente a conseguir la biblioteca como espacio físico, como equipamiento, y como proyecto educativo e intelectual, y en ello seguimos todavía, casi diez años después.

En tu libro te centras en el análisis de los distintos modelos de biblioteca escolar y en las fuentes sociológicas, pedagógicas y biblioteconómicas que nutren tales modelos. Y propones meditar si en lugar de exigir una generalización de bibliotecas escolares en los centros educativos, “no sería mejor construir, allí donde se pueda, donde haya docentes, bibliotecarios y padres y madres comprometidos, verdaderas bibliotecas que puedan servir de modelo”. Pero Antonio Carrascal, prologuista del libro y director del instituto donde tú trabajas, señala que “es cierto que algunas decisiones dependen del impulso autónomo en cuanto al margen que otorga el presupuesto del propio establecimiento escolar, la coordinación y apoyo de profesores, padres, alumnos y personal no docente, pero es indudable que las limitaciones legales inmediatamente se presentarán en forma de trabas a cuanto se escapa de una actividad no reglamentada suficientemente en nuestro sistema educativo”. Es atractiva tu propuesta, y me recuerda a la interesante y creo que eficaz estrategia anarquista en cuanto a creación de bibliotecas (autónomas, sin la intervención –y, por tanto, inspección del Estado–, a partir del trabajo voluntario y solidario...). Pero ¿no es arrimarles la palangana a las administraciones educativas para que se laven las manos?

En este asunto yo mantengo una postura que se podría resumir con la frase de “trabajar reivindicando”, es decir, se trata de cohonestar las exigencias a la administración educativa con el ejercicio de las responsabilidades profesionales allí donde sea posible, evitando las reivindicaciones en abstracto, las que no responden a una necesidad realmente sentida en la comunidad educativa. Voy a tratar de explicarlo.

Desde un punto de vista teórico existen dos modos de avanzar en el terreno de las bibliotecas escolares, que no tienen por qué excluirse, y ambas exigen la intervención de la Administración. Uno es tomar iniciativas de forma decidida para la

construcción y funcionamiento de las bibliotecas en aquellos centros donde de alguna manera se crea en su necesidad, allí donde haya un grupo de profesores dispuestos a trabajar en ella, donde el equipo directivo tenga claro que se trata de una herramienta necesaria y esté dispuesto, por tanto, a exigir de la Administración, con el apoyo de la comunidad escolar, las condiciones mínimas necesarias, a buscar y dedicar recursos materiales y humanos, a convencer a la inspección y a la Administración, a remover los múltiples obstáculos, pequeños y grandes, que dificultan el camino. Esta vía, a mi modo de ver, tiene varias ventajas: en primer lugar, permitiría consolidar las bibliotecas escolares, dignas de ese nombre, actualmente existentes y que arrastran una situación de precariedad que en muchos casos pone en peligro su continuidad. En segundo lugar, esta vía “lenta” da más seguridades de que el “producto final” que se va a conseguir no se aleje excesivamente de lo que creemos que una biblioteca escolar debe ser; esta mayor seguridad procede del hecho de que son profesores y equipos directivos ya convencidos y conscientes los que trabajan en ella y que, por tanto, no se van a conformar con cualquier cosa. En tercer lugar, hay que ser conscientes de que una generalización a todas las escuelas del país requiere inversiones y recursos realmente elevados, cuando la verdad es que son escasos los que las administraciones, acuciadas por múltiples problemas y deficiencias de nuestro sistema educativo, pueden y están dispuestas a emplear. En esta tesitura, una vía “lenta” permitiría concentrar los recursos disponibles en aquellos centros donde la biblioteca se desea y donde se está dispuesto a trabajar por y con ella. Naturalmente, y he aquí su limitación, esta vía exige un alto compromiso profesional y presupone compartir una idea de la sociedad, la cultura y la educación que vaya más allá de la mediocre visión actualmente dominante.

La otra manera nos remite a una generalización de las bibliotecas escolares mediante un acto administrativo; los responsables educativos pueden elaborar una norma haciendo obligatorio este servicio en un plazo determinado de

tiempo. Pero la experiencia demuestra —como en Francia, en Canadá, en Reino Unido y en un largo etcétera de países— que esta vía consigue resultados poco satisfactorios; puesto que los recursos son limitados se racanea con todo el mundo, y al final la biblioteca de que disponemos se parece muy poco a la que deseamos y necesitamos; como el servicio es obligatorio, se acaban haciendo cargo del mismo personas con poco entusiasmo y menos ganas de dedicar esfuerzos. En fin, se corre el riesgo de dedicar los pocos recursos a bibliotecas escolares que se parecen en muy poco a la “biblioteca soñada” que tenemos en la cabeza y que en muy poco tiempo se revelan como ineficaces, aisladas de la vida del centro, convertidas en una sala con libros que se prestan de vez en cuando y poco más.

“El fracaso escolar, cada vez más visible y socialmente preocupante, suministra un hilo argumental más favorable para las bibliotecas escolares”

Sin embargo, es evidente que la vía “lenta” a que antes me he referido necesita, además del entusiasmo y la profesionalidad de los docentes y directivos comprometidos con la idea, que la administración educativa legisle su posibilidad, reglamente las maneras y formas de acceder a las ayudas e inversiones, contemple el personal necesario para atender los servicios en un amplio horario... Además de la responsabilidad de los profesores y de los centros docentes, sin la cual no se puede garantizar que las cosas se hagan bien, está la responsabilidad superior de las administraciones educativas, hasta ahora muy remisas a asumirla.

En fin, yo defiendo la idea de que se debe exigir a los responsables de la educación un compromiso de reglamentar y extender unas bibliotecas escolares dignas de tal nombre, y a la vez, puesto que llevamos tantos años esperando en balde, soy partidario de que la iniciativa se tome cuanto antes en los centros docentes por parte de profesores, equipos directivos

y consejos escolares allí donde sea posible, allí donde exista un “espacio para la posibilidad”. Y tengo para mí que sólo cuando docenas de bibliotecas estén funcionando gracias a iniciativas profesionales, la administración educativa verá necesaria su intervención y reglamentación y tratará de “encauzar” la cuestión.

“La utilización de la biblioteca de forma intensiva como un recurso habitual en el desarrollo de las clases es una cuestión que afecta a las didácticas especiales, a la manera de concebir los procesos de enseñanza y de aprendizaje, que son mucho más difíciles de cambiar”

¿Qué razones y qué acciones te han servido para implicar a tus compañeros del instituto en el trabajo con la biblioteca escolar? Es decir, tú que llevas años en la enseñanza, ¿cuáles crees que pueden ser los argumentos para ese fin, en un instituto en España, en el 2002?

Argumentos hay muchos, pero otra cosa es que sean inmediatamente asumibles por la mayoría del profesorado. Hay que tener en cuenta que tanto la formación inicial como las tradiciones y rutinas profesionales y también las circunstancias en que se desarrolla la actividad docente son mucho más proclives al uso del libro de texto y a la llamada lección magistral que a innovar mediante el uso constante de los recursos de la biblioteca. Pero el fracaso escolar, cada vez más visible y socialmente preocupante, suministra un hilo argumental más favorable para las bibliotecas escolares. De todos modos, hay que distinguir entre colaborar en tareas de la biblioteca (por ejemplo en la selección y organización de los fondos, en el equipo de apoyo al estudio, en la organización de algunas tareas relacionadas con la lectoescritura y la extensión cultural o en la realización de

“guardias”) y la incorporación de la biblioteca y sus recursos en la propia programación docente. Por lo que respecta a lo primero, en la biblioteca del Fray Luis colaboran una treintena de profesores con diversos grados de compromiso y de dedicación, y la experiencia dice que, si no se pide a los profesores la realización de tareas muy ajenas a las suyas habituales, están dispuestos a colaborar; desde luego favorece esta colaboración la existencia de flecos horarios que todos debemos rellenar con alguna tarea. En este caso, el pragmatismo se une a los argumentos a que muchos ya son sensibles.

Pero tan solo media docena de profesores han incorporado en su programación el uso habitual de la biblioteca y desarrollan algunas clases y actividades en ella; y es que esto es más complicado por las razones que antes daba: la utilización de la biblioteca de forma intensiva como un recurso habitual en el desarrollo de las clases es una cuestión que afecta a las didácticas especiales, a la manera de concebir los procesos de enseñanza y de aprendizaje, que son mucho más difíciles de cambiar. Precisamente una de las funciones de la biblioteca es la de suministrar ideas y recursos y dar facilidades para que este cambio se vaya produciendo; y mientras tanto, los servicios que presta tanto a profesores como a alumnos justifican plenamente los recursos materiales y humanos que dedicamos. Al menos así interpreto yo las más de seis mil visitas y casi tres mil préstamos que hemos tenido durante el curso 2001-2002 –la inmensa mayoría por la tarde, fuera del horario lectivo–, el uso intensivo del apoyo al estudio por parte de los alumnos en Matemáticas, Física o Inglés, o el interesante desarrollo del Programa de Prevención de la Exclusión que realizamos con trabajadores sociales en prácticas y el Área de Trabajo Social de la Universidad de Salamanca (1).

Creo que estos últimos años has participado en encuentros y jornadas sobre la biblioteca escolar en distintas ciudades y, para la redacción del libro,

habrás tenido que leer bastante sobre el tema. ¿Cómo ves el debate?

El debate sobre las bibliotecas escolares se va animando poco a poco; las numerosas jornadas, encuentros o congresos que a lo largo y ancho del país se celebran constantemente así lo demuestran. De todos modos, todavía predominan los argumentos tradicionales que se centran en cuestiones técnicas –organización, catalogación, informatización–, en la animación a la lectura o en la formación de usuarios; desde este punto de vista, el debate sigue siendo un tanto anémico y falto de aliento, incapaz de interesar a otros sectores de la educación, a padres y madres, sindicatos y asociaciones... En mi opinión es necesario, sin abandonar las cuestiones instrumentales, centrarse en el para qué, en el debate sobre las grandes finalidades, en los argumentos decisivos que tienen mucho más que ver con el fracaso escolar, con la didáctica especial, con la igualdad de oportunidades que con los puramente bibliocéntricos. Una biblioteca escolar no puede ser una biblioteca pública infantil y juvenil en la escuela; tiene que ser otra cosa. Tenemos que definir qué queremos que sea, qué finalidades y objetivos propios debe asumir, qué servicios se deben priorizar, etcétera. Naturalmente esto exige que los docentes se impliquen en un debate que hasta ahora ha sido protagonizado casi exclusivamente por unos excelentes bibliotecarios, sagaces y comprometidos, pero ajenos al mundo de la educación escolar.

“Existen otras visiones legítimas de la sociedad, de la educación y de la cultura que pueden desarrollarse, a pesar de que el ecosistema no sea favorable”

He escuchado estos últimos años a personas que trabajan en bibliotecas decir que la biblioteca es reflejo de la sociedad, que las bibliotecas son tal como la sociedad les exige o pide. En este sentido, en la España actual, ¿lo de

una biblioteca escolar basada en unos planteamientos crítico-educativos, como tú defiendes en tu libro, no es soñar y pensar, más que hacer?

Como argumento genérico es verdad que las bibliotecas, como las demás instituciones, son reflejo de la sociedad en que se desarrollan; y necesariamente se ha de oír en ellas el eco de la predominante visión utilitarista de la cultura, de su concepción como capital cultural, de su mediatización y hasta manipulación por parte de los intereses dominantes... Pero existen otras visiones legítimas de la sociedad, de la educación y de la cultura que pueden desarrollarse, a pesar de que el ecosistema no sea favorable. Por otro lado, los grandes principios éticos y políticos de nuestras democracias incluyen formulaciones que, como la igualdad de oportunidades, el fomento del crecimiento personal a través de la cultura o el valor de ésta en los procesos de emancipación individual y colectiva, es preciso no abandonar. El pensamiento crítico exige el examen riguroso de la realidad social existente para buscar argumentos sólidos y propiciar el fortalecimiento de posturas éticas que impugnen en la práctica los aspectos más negativos de nuestra sociedad; es decir, el profesional crítico no puede limitarse a denostar la realidad que le ha tocado vivir, sino que debe tratar de cambiarla en la medida de sus posibilidades. Ello nos remite más a una visión comprometida del ejercicio de la profesión que a la militancia política o ideológica tal y como se entendía hace veinte o treinta años. Nuestra sociedad dista mucho de ser perfecta; hay muchas cosas que deben cambiar y nos cabe en la cabeza una sociedad mejor; la escuela puede y debe cambiar, es posible concebir formas mejores de enseñar y aprender; los centros culturales, las bibliotecas, pueden y deben actuar de otras maneras, suministrar informaciones relevantes, visiones alternativas a las dominantes interesadas...

Esto implica soñar y pensar; concebir formas alternativas de ser y de estar, y pensar cómo se pueden materializar en la realidad; y ello exige también hacer, hacer de otro modo, hacer mejor y de forma más coherente con nuestra verdadera forma de ver las cosas, de pensar el futuro. Todo

proyecto educativo es un proyecto de sociedad futura, por eso importa aprovechar los “espacios de la posibilidad” que existen en nuestras sociedades democráticas si queremos ser coherentes.

“El profesional crítico no puede limitarse a denostar la realidad que le ha tocado vivir, sino que debe tratar de cambiarla en la medida de sus posibilidades. Ello nos remite más a una visión comprometida del ejercicio de la profesión que a la militancia política o ideológica tal y como se entendía hace veinte o treinta años”

Desde luego las posibilidades de hacer son limitadas mientras que soñar y pensar tienen unos límites mucho más amplios; pero allí donde miras con detenimiento encuentras personas y colectivos que tratan de aprovechar los espacios posibles para cambiar y mejorar las cosas; encuentras gentes que sueñan, piensan y hacen, en la medida que es factible. Y esto es así porque el pensamiento crítico no es una

herramienta para contemplar el mundo sino para transformarlo: sin praxis, sin hacer, sin compromiso profesional, el profesional crítico corre el riesgo de sufrir un desplazamiento de Habermas a Gracián (es decir, del pensamiento crítico al “criticón”). Quizás sea muy complicado hoy construir una biblioteca que responda al pensamiento crítico, pero lo que es seguro es que hay muchas cosas que se pueden hacer de otra manera, que se pueden hacer mejor, que pueden servir más a los ciudadanos adultos y a los ciudadanos en formación; y también es seguro que no es lo mismo hacer que no hacer, hacer unas cosas u otras, hacer de una manera o de otra. En la medida en que todos o muchos tratemos de ser coherentes, el “espacio de la posibilidad” se amplía y nos acercamos un poquito a esa utopía que todo buen profesional tiene en la cabeza. ☑

Ramón Salaberria

Notas

- (1) Véase, BREZMES NIETO, M.: *Bibliotecas escolares y prevención de la exclusión social* y CRUZ, E. et al.: *Programa de prevención de la exclusión social en el IES Fray Luis de León de Salamanca*, *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*, nº 124, 2001, p. 22-26 y 26-28.

Bibliotecas escolares, soñar, pensar, hacer

Libro que pide, quiere, exige debate

El libro de Guillermo Castán, *Las bibliotecas escolares: soñar, pensar, hacer*, es nuevo. Nuevo porque se ha editado hace unos pocos meses y nuevo por el lugar que ocupa entre los libros que tratan sobre la biblioteca escolar en España. Es un libro polémico y lo mejor que le podría pasar es que fuera debatido. Castán casi lo pide a gritos. Quiere una reflexión sobre cómo la biblioteca escolar

puede contribuir “al *para qué, qué y cómo* enseñar y diseñar experiencias de aprendizaje en nuestras escuelas e institutos”. A la vez, busca contribuir a un modelo de biblioteca escolar que no beba sólo ni principalmente del arroyo biblioteconómico, sino que lo haga de las fuentes pedagógicas o curriculares y de las socioeconómicas, esto es, de la realidad sociocultural española.